



UN ROMANCE
PICANTE DE
PUEBLO

San Valentín
con un
LEÑADOR

KELSIE CALL  WAY

SAN VALENTÍN CON UN LEÑADOR

UN ROMANCE PICANTE DE PUEBLO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



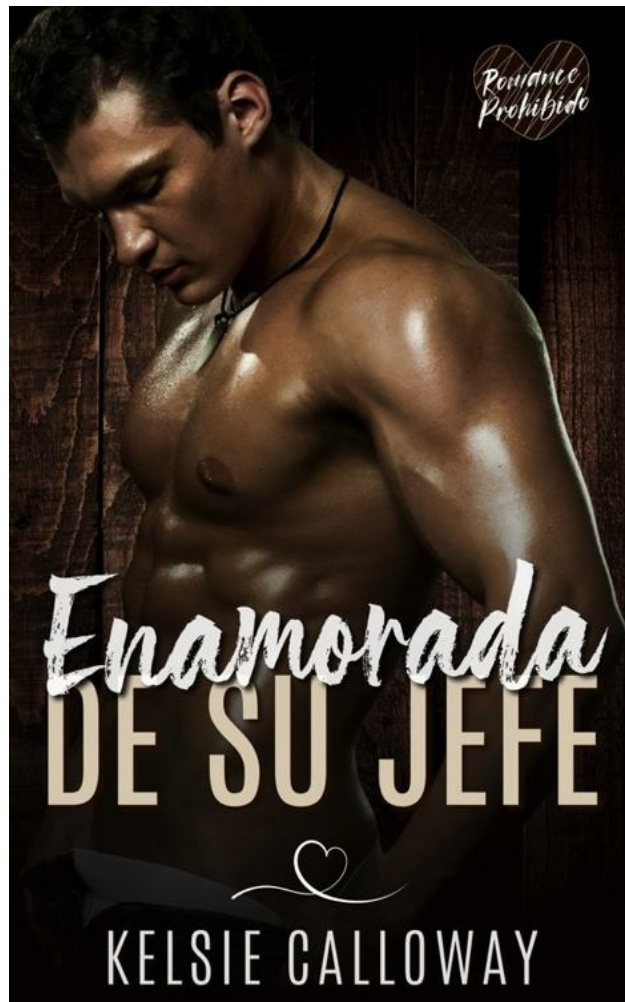
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Liam
2. Mia
3. Liam
4. Mia
5. Liam
6. Mia
7. Liam
8. Mia

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

LIAM

La carretera se enrosca en Wildwood Ridge como un abrazo de amor, y me golpea el tipo de vista que te hace creer en algo más grande. Los picos nevados se elevan sobre la pequeña ciudad, con sus puntas dentadas cortando el suave lienzo azul del cielo.

Se me acelera el pulso; por eso hago lo que hago. Quitar la tapa del objetivo de mi cámara es como despojarse de una capa de piel: aquí es donde soy más yo mismo.

"A Nature's Lens le va a encantar esto", murmuro para mis adentros, mientras encuadro tomas en mi mente. Hay una danza indómita de luces y sombras en la ladera de la montaña, un caos de belleza que espera ser domado por mi cámara.

Al salir del coche en Cedar Lodge, el aire huele a pinos y a invierno, limpio y vigorizante. Es como si la brisa de la montaña me atravesara, llevándose consigo el desorden de la vida urbana y dejando sólo al artista, listo para capturar el espíritu salvaje de este lugar.

"Mira qué luz", digo a nadie en particular, observando cómo el sol coquetea con las vigas de madera de la cabaña.

Me echo la mochila al hombro, sintiendo su peso familiar. Siempre he creído que el destino tiene una curiosa forma de llevarte exactamente donde tienes que estar. Este trabajo, esta ciudad... es exactamente donde necesito estar ahora.

"Veamos qué aventuras me tienes reservadas, Wildwood Ridge", susurro con una sonrisa, empujando las puertas para abrirlas.

El vestíbulo perfumado de pinos me envuelve como una bufanda cálida cuando entro en el Cedar Lodge, el aroma se mezcla con el dulce sabor de la sidra de manzana que hierve a fuego lento en algún lugar fuera de la vista. El encanto rústico de este lugar es tangible.

Bienvenida al Cedar Lodge", me saluda en recepción una mujer con la etiqueta "Iris". Su voz resuena suavemente en el espacioso vestíbulo.

"Gracias", respondo, inhalando profundamente, dejando que los aromas hogareños me tranquilicen después del largo viaje. "Soy Liam Thompson. Tengo una reserva para los próximos tres días".

"Ah, Sr. Thompson", dice ella, golpeando el teclado. "Nature's Lens, ¿verdad? Estamos encantados de tenerle con nosotros". Sus dedos bailan sobre las teclas antes de detenerse

bruscamente. "Vaya", se ríe inquieta, "parece que ha habido un error".

Un nudo de preocupación me aprieta el estómago, aunque intento mantener un tono ligero. "¿Un error?"

"Sí", balbucea Iris, mordiéndose el labio mientras vuelve a comprobar los documentos. "Parece que su habitación ha sido... reservada dos veces".

"¿Doble reserva?" La palabra se interpone entre nosotros como un huésped no deseado. Mi mente se acelera, pensando en volver a la fría noche para encontrar otro lugar donde quedarme.

"Desgraciadamente, sí", confirma, y su mirada de disculpa se cruza con la mía. "Estamos completos este fin de semana por el festival de San Valentín. Es una confusión con el sistema en línea, supongo. Estas máquinas", suspira, golpeando el ordenador con una sonrisa forzada, "se supone que tienen que hacer la vida más fácil".

"¿Hay algo que podamos hacer? pregunto, con el peso de la bolsa de la cámara de repente más pronunciado sobre mi hombro. "No estoy segura de adónde más podría ir con tan poca antelación".

"Déjame pensar..." Iris se queda pensativa y frunce las cejas. Levanta la vista, con los ojos abiertos por la revelación. "En realidad, hay una opción. No es lo ideal, y tendríamos que contar con la aprobación del otro huésped reservado contigo. Podrías compartir la habitación -de hecho, es una de nuestras mejores suites- con el huésped".

"¿Compartir? Me hago eco, el concepto extraño pero de alguna manera no del todo poco atractivo dada la alternativa de una noche sin refugio.

"Sí, es bastante espaciosa, y tiene un sofá muy agradable si no quieres, ya sabes, compartir la cama", añade rápidamente, como para amortiguar el golpe.

Me da un vuelco el corazón ante la perspectiva de un compañero de piso inesperado. Al destino siempre le ha gustado jugar conmigo, lanzándome a lo desconocido con una sonrisa traviesa.

"Vale", cedo, la curiosidad se impone a mis dudas. "Lo acepto".

"¡Maravilloso!" exclama Iris, con alivio en el rostro. "Estoy segura de que la señora Anderson también estará de acuerdo. Es profesora aquí en la montaña, pero baja para el festival. Todo el mundo la adora y es muy fácil llevarse bien con ella".

Debería haber hecho más preguntas antes de aceptar compartir la habitación. ¿Tiene la Sra. Anderson 60 años? ¿Es el tipo de persona que quiere irse a la cama a las 8 de la tarde? Puede que me haya equivocado, pero ya es demasiado tarde.

"Le mostraré su habitación y podrá instalarse. La Sra. Anderson no tardará en llegar".

"Gracias, Iris", le digo mientras me entrega una llave con un número de latón colgando. "Este viaje ya está resultando más interesante de lo que pensaba".

"Wildwood Ridge sabe hacer que las cosas sean memorables", responde con una sonrisa cómplice.

MIA

La carretera se despliega bajo mis pies, guiándome hacia abajo con cada curva. Siento que cada músculo de mi cuerpo se desenrolla a la vez que desciende la carretera, un eco físico de la liberación mental que estoy experimentando. He dejado atrás un aula salpicada de carteles de colores y pupitres cargados de promesas de crecimiento, un aula que ha sido mi mundo durante lo que parece una eternidad.

"Por fin", me susurro, exhalando profundamente cuando la última curva deja a la vista el Cedar Lodge. Se alza entre los pinos cubiertos de nieve. Con el corazón agitado por una mezcla de cansancio y dulce expectación, salgo del coche y siento que se me quita de encima el peso de los planes de clase y los trabajos corregidos. El Día de San Valentín, una festividad reservada normalmente a los enamorados, es este año sólo para mí, un testamento al amor propio y al consuelo de la soledad.

El vestíbulo del Cedar Lodge me recibe con su encanto rústico, el resplandor dorado de la chimenea proyecta sombras danzantes sobre los paneles de madera. Apenas tengo tiempo de absorber el acogedor ambiente cuando Iris Mitchell se me acerca.

"Bienvenida, Mia", exclama. Su sonrisa es la primera conexión genuina que he sentido en todo el día.

"Gracias, Iris. Este lugar es justo lo que necesitaba este fin de semana", respondo, devolviéndole la sonrisa con una propia.

"Ha habido un pequeño contratiempo con tu reserva". Su tono es ligero, pero me revuelve el estómago. "La tecnología", se ríe suavemente, como si compartiera una broma privada con el universo. "A veces tiene mente propia. Pero no te preocupes, ya he encontrado una solución. Sígueme", dice Iris, haciéndome una seña con la mano.

Mis pies se mueven, pero mi mente sigue dando vueltas a un sinfín de posibilidades, ninguna de ellas especialmente tranquilizadora.

Mientras caminamos, dejo que el calor de la chimenea me penetre hasta los huesos y permito que la confianza inquebrantable de Iris alivie la opresión que se me agolpa en el pecho. Ella ha sido el corazón de esta cabaña desde siempre. "Todo sucede por una razón, Mia", reflexiona Iris. "A veces, el universo conspira para darnos exactamente lo que necesitamos".

Yo no sé nada de eso, teniendo en cuenta que ni siquiera estoy segura de cuál es el problema con

mi reserva, pero la sigo de todos modos.

Ante nosotros se extiende un pasillo cuyas paredes son un tapiz de momentos congelados en el tiempo. Fotos de lugares lejanos y extraños sonrientes susurran historias de aventura y serendipia. Iris se detiene ante una puerta que parece una cualquiera, pero cuando la abre, me encuentro con un espacio en el que se respira tranquilidad.

"Esta es tu habitación", me dice, y su mano se dirige hacia la cama que domina la habitación, una promesa de descanso de tamaño king.

"Gracias, Iris". Mi voz es una mezcla de gratitud y cansancio cuando entro. Pero entonces, mi mirada se posa en él.

"Y éste es Liam", continúa Iris. "Liam, ella es Mia. Parece que los dos habéis reservado dos veces la misma habitación. Ha aceptado compartir la habitación, ya que no tenemos otras disponibles. Ya sabes lo ocupada que está la montaña durante el festival de San Valentín", se encoge de hombros. Sus palabras flotan en el aire, en un delicado equilibrio entre proposición y apuro.

"Hola", me saluda Liam con una sonrisa.

Mi mente se acelera, tratando de entender en qué me he metido. "Hola, Liam". La cortesía se entrelaza con mi inquietud.

Iris, al notar mi incomodidad, me tranquiliza maternalmente. "El sofá es muy acogedor si alguno de ustedes prefiere no compartir la cama".

"Por supuesto", murmuro, aferrándome a la practicidad de su sugerencia como a un salvavidas. Se retira con un gesto de la mano y nos dice que podemos llamar a recepción si necesitamos algún servicio.

La habitación parece de repente más pequeña, la presencia de esta extraña convertida en compañera de piso llena el espacio de un nuevo tipo de energía. No puedo evitar la ironía: vine aquí en busca de soledad y el destino me da compañía.

"No me importa quedarme en el sofá", dice Liam, con una voz suave, como un trueno lejano que se extiende por el valle. "De verdad, está bien".

"¿Estás segura? Mi pregunta es genuina, teñida de conciencia de las reglas silenciosas de la cortesía.

"Absolutamente. Asiente. "De todas formas, la naturaleza no suele mimarme con camas de matrimonio".

Una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios. "Entonces, ¿estás acostumbrado a la vida dura?

"Algo así. Su sonrisa es contagiosa, y me encuentro respondiendo del mismo modo a pesar de lo extraño de nuestra situación.

Pero algo dentro de mí me dice que me ofrezca a compartir la cama. "Sabes, probablemente podríamos dormir juntos". Me ruborizo cuando me doy cuenta de lo que he dicho. "Quiero decir,

en la cama. Es lo suficientemente grande como para que probablemente estuviéramos bien".

Liam se ríe antes de abrir su bolso para deshacer la maleta. "Si a ti te parece bien, a mí también".

No sé por qué me he ofrecido a compartir la cama con un desconocido, pero tiene un rostro atractivo y unos ojos amables. Nada malo puede salir de esto, ¿verdad?

LIAM

La habitación está inundada por la luz mortecina del atardecer, las sombras se extienden por el suelo de madera mientras Mia y yo deshacemos las maletas en silencio. El delicado sonido de la tela rozando la madera acompaña cada movimiento. Doblo mis camisas -una paleta de tonos tierra- y las deslizo en el cajón que hay junto a mi lado de la cama. Mi mirada se desvía hacia Mia. Sus movimientos son metódicos, cada cosa colocada en su sitio.

"¿A qué te dedicas? pregunto, ya consciente, pero ansiando el sonido de su voz. O de cualquier voz, en realidad.

Se gira y un mechón de pelo castaño le cae sobre el hombro. "Soy profesora", responde Mia, levantando la comisura de los labios en una sonrisa que llega hasta sus expresivos ojos verdes. "Es... desafiante, pero gratificante". Mientras Mia habla de su trabajo como profesora, puedo ver la pasión en sus ojos y la forma en que sus manos se mueven con entusiasmo. Me habla de los retos a los que se enfrenta en clase, pero también de las pequeñas victorias que hacen que merezca la pena.

"Tengo un alumno", dice con una sonrisa, "que siempre es muy callado y reservado. Pero cada vez que participa en clase o completa una tarea, puedo ver lo orgulloso que está de sí mismo. Son esos momentos los que me hacen amar mi trabajo".

La escucho atentamente mientras me cuenta más historias de sus alumnos y sus progresos. Sus palabras pintan un cuadro de determinación, dedicación y compasión por su trabajo.

"Pero no siempre es fácil", admite Mia con un suspiro. "Hay días en los que parece que no estoy marcando ninguna diferencia. Y hay días en los que siento que estoy fallando a mis alumnos".

Le ofrezco mi apoyo y comprensión. "Pero sigues adelante", le digo en voz baja.

"Sí, porque aunque sea un reto, también es increíblemente gratificante saber que he tenido un impacto positivo en la vida de alguien".

Sus palabras resuenan profundamente en mí. Como artista, a menudo me enfrento a luchas similares con dudas e incertidumbre sobre mi trabajo. Pero escuchar a Mia hablar de su pasión por la enseñanza me da un nuevo aprecio por lo que hago.

"Trabajar con niños parece agotador", digo, apoyándome en el poste de la cama.

"Puede serlo", admite con una suave carcajada. "¿Y tú? Su curiosidad parece una brasa

encendida en el aire fresco. "¿A qué te dedicas?"

Me acerco al sofá y siento la atracción del hogar. La chimenea, grande y acogedora, pide fuego, y mis dedos trabajan hábilmente para complacerla. Enciendo la cerilla y la llama se apodera de los troncos con ansia. Pillo a Mia mirando. Cuando me ve, se acerca para sentarse.

"Fotografía de naturaleza y vida salvaje", empiezo, con el crepitar del fuego puntuando mis palabras. "Se trata de paciencia, de esperar la toma perfecta en la que la naturaleza revela toda su belleza". Los ojos de Mia se abren de par en par cuando le hablo de mis viajes al corazón de África. El sol de primera hora de la mañana pintaba la sabana con una luz dorada, mientras los animales seguían con sus rutinas diarias.

"Lo mejor fue poder observar a estas criaturas en su hábitat natural", le digo, reviviendo el recuerdo. "Ser testigo de su belleza y su poder".

Mia se acerca, aparentemente cautivada por mis palabras. "Cuéntame más", me insta.

Le hablo de los leones, de lo majestuosos e imperturbables que eran ante mi presencia. Cómo sus rugidos reverberaban en el aire y me producían escalofríos.

"Y luego estaban los elefantes", continúo, con una sonrisa dibujándose en mi rostro al pensar en estos gentiles gigantes. "Se movían con tanta gracia y sabiduría que parecía que guardaran secretos del mundo en su interior".

Mia me escucha atentamente y parece fascinada por mis historias. Le cuento cómo pasaba horas esperando el momento justo para capturar una imagen. A veces tardaba días en conseguir la foto perfecta.

"Se necesita paciencia y persistencia", le digo, sabiendo que son cualidades esenciales no sólo para la fotografía, sino para la vida en general.

Mia escucha, con las rodillas apretadas contra el pecho, mientras el calor nos cala hasta los huesos. Hay una simplicidad en la forma en que compartimos historias, el flujo y reflujo de la conversación nos envuelve como una manta. Es extraña esta sensación de intimidad con alguien que hace apenas unas horas era un extraño. Me cautiva la inesperada sinergia entre nosotros. Nuestro diálogo, una retahíla de experiencias y sueños, me hace maravillarme ante los giros impredecibles que puede tomar la vida. Aquí estamos, dos almas unidas por un giro del destino en una pequeña ciudad, encontrando la belleza en medio del caos de una situación accidental de compañeras de piso.

"Debe de ser toda una aventura", murmura Mia, mientras sigue con la mirada las piruetas de las llamas.

"Cada día es diferente", confieso, y el calor del fuego refleja la calidez que crece en mi interior. "Pero a veces, los mejores momentos son los tranquilos, como éste".

Estiro las piernas hacia delante, sintiendo el calor del fuego. Nuestra conversación deriva del trabajo a otros temas. El tiempo se ralentiza y olvido que iba a dar una vuelta por la montaña para hacerme una idea de mis próximos días. Los minutos se convierten en horas y me encuentro riendo, hablando con esta mujer de cosas que nunca he compartido con nadie más.

"Tu turno", me dice Mia, dándome un codazo en el hombro. "¿Alguna escapada de tu juventud

que quieras compartir?".

Pienso un momento, rebuscando entre años de recuerdos. "Hubo una vez", empiezo, contando una traicionera escalada a un pico nevado con unos amigos. Mia escucha, su atención no decae, y me doy cuenta de que con cada palabra, cada secreto compartido y cada entendimiento silencioso, el espacio entre nosotras se hace más pequeño.

"Suenan emocionante", murmura, con un tono de admiración.

"Aterrorador y emocionante a la vez", admito, mirándola a los ojos.

Nuestra conversación se desarrolla con naturalidad, pasando de los sueños de la infancia a lo que nos depara el futuro. Cuando Mia habla de sus aspiraciones de llegar a más personas a través de la enseñanza, de inspirar y ser inspirada, su pasión enciende una llama similar en mí. Quiero capturar estos momentos, enmarcar su ambición y su esperanza con las montañas nevadas como telón de fondo.

"¿Dejarías alguna vez la enseñanza? me pregunto, curiosa por conocer la profundidad de su compromiso.

"Sólo por algo que fuera igual de importante", responde, con una pizca de determinación en los ojos.

"La vida tiene una forma curiosa de sorprenderte", digo, con la afirmación suspendida en el aire, cargada de significado.

"Desde luego que sí", asiente Mia, con una sonrisa tan serena como la nevada.

El fuego estalla, una chispa salta inesperadamente, y siento el peso de algo trascendental sobre mis hombros. Se suponía que iba a pasar este San Valentín sola, rodeada de la belleza de la naturaleza. Y, en cambio, me encuentro con un desconocido, que es tan hermoso y sobrecogedor como las montañas que había planeado fotografiar.

MIA

Los primeros rayos dorados del sol se cuelan entre las cortinas. Me revuelvo, el capullo de sueño se deshace a mi alrededor mientras parpadeo para alejar los restos de mis sueños.

Liam ya está despierto, recostado en las sábanas arrugadas, con los dedos revueltos sobre el teclado del portátil. "Buenos días. Su voz es suave, casi de disculpa, y me mira con esos ojos profundos que parecen ver dentro de mí. "¿Te he despertado?"

Sacudo la cabeza, aún medio envuelta en calor y somnolencia. "No, el sol se encargó de eso". Es un momento tan doméstico que me dejo llevar por la pura normalidad.

"Bien. Sonríe, pero hay un destello de algo -¿esitación? - antes de cerrar el portátil con un chasquido decisivo. "Oye, ¿quieres acompañarme a dar un paseo esta mañana? Voy a ver el amanecer".

"¿Persiguiendo el amanecer? La poética frase me pilla desprevenida, encendiendo un aleteo en mi pecho.

"Sí", dice, poniéndose de pie y estirándose de tal forma que se le notan los músculos de los brazos. "Tengo un encargo fotográfico para la revista y necesito la primera luz golpeando los árboles".

"Me parece perfecto. Salgo de la cama antes de darme cuenta de la decisión, atraída por la promesa de belleza a través de sus lentes y por la tranquila emoción de estar a su lado mientras el mundo se despierta.

El frío de la mañana me roza las mejillas, pero la calidez del entusiasmo de Liam es un bálsamo contra el frío. Mientras recorremos el sendero, la conversación fluye tan naturalmente como el río a nuestro lado. Me doy cuenta de que Liam se ríe con facilidad, especialmente cuando le cuento la vez que intenté convertir mi clase en una selva tropical improvisada, y me encontré con una iguana que se había escapado y una sala llena de chillidos de alumnos de tercer curso.

"Parece que te persiguen las aventuras", bromea, y en sus ojos hay un brillo de admiración que hace que mi corazón se agite como hojas al viento.

Le correspondo y le pregunto por los lugares más salvajes a los que le ha llevado su cámara. Con

cada relato de paisajes remotos y encuentros cercanos con la vida salvaje, me siento más atraído por el encanto de su mundo, un tapiz tejido con hilos de belleza indómita y la emoción de la conservación.

"Mira allí", Liam se detiene de repente, señalando hacia un claro en la distancia donde la niebla se eleva alrededor de una cascada que cae en un estanque azul. Nunca había visto que el agua captara la luz de esa manera, como si brillara con su propio fuego interior.

"¿Quieres intentarlo? Liam me ofrece su cámara con una sonrisa que es a la vez una invitación y un desafío.

Dudo, el peso del equipo profesional no me resulta familiar en las manos. "¿Y si...?"

"¿Se me cae? ¿Saco una mala foto?" Se ríe suavemente. "Confío en ti, Mia. Además, cada foto cuenta una historia, sea cual sea el resultado".

Con el dedo sobre el disparador, miro por el visor y encuadro la escena. Se me acelera el pulso mientras ajusto el enfoque y la cascada adquiere nitidez. Presiono el botón y la cámara hace clic, capturando la danza del agua y la luz. Es estimulante crear quietud a partir del caos, y me encuentro riendo, deseosa de más.

"¿Ves? Tienes talento natural", dice Liam, su voz es un zumbido de aprobación que resuena en lo más profundo de mí.

Envalentonada por su fe en mí, sugiero que nos adentremos más en el bosque. Los árboles se erigen como centinelas silenciosos a nuestro paso, con sus ramas cargadas de nieve, transformando el bosque en una silenciosa catedral blanca. Nuestras pisadas son el único sonido que puntúa el suave susurro de la brisa invernal.

Allí, entre los pinos centinela, hay una cabaña. Su madera es plateada y se agazapa bajo el peso de los años. La curiosidad nos acerca. Cada paso revela más de la estructura: el tejado hundido, las ventanas opacas por la mugre, la puerta entreabierta como si invitara a derramar secretos.

"Parece que lleva aquí toda la vida", murmuro, con el aliento formando nubes que suben perezosamente.

"Las cápsulas del tiempo tienen una forma de esconderse a plena vista", responde Liam, y su mano roza la mía mientras cruzamos juntos el umbral.

Dentro, el aire está cargado de historias que hace tiempo que se han convertido en susurros. Nos movemos por el espacio, con cuidado de no molestar a las motas de polvo que bailan en los rayos de sol oblicuos. Los restos de la vida anterior de la cabaña yacen esparcidos: una silla, una alfombra raída y, contra todo pronóstico, un montón de papel amarillento con palabras grabadas en sus líneas.

"Imagínate lo que se soñó aquí", digo, la idea me produce un escalofrío de excitación que nada tiene que ver con el frío.

"Tal vez no sea demasiado tarde para averiguarlo", sugiere Liam, sosteniendo mi mirada.

En este momento, rodeada por los ecos de inspiraciones pasadas, siento el despertar de mi propia creatividad, entrelazada con la suave atracción de algo nuevo y totalmente inesperado que florece

entre Liam y yo.

"Mira esto", exhala Liam, su voz es un zumbido bajo que vibra a través de la quietud. Se pone a mi lado, lo suficientemente cerca como para que sienta el calor que irradia. Su dedo me toca suavemente el brazo y dirige mi mirada hacia un cuadro donde la luz parece danzar entre los árboles.

"Alguien amaba este lugar", digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Más que amor, creo". Se queda pensativo. "Era un refugio, un santuario para crear, para estar a solas con la naturaleza".

"¿Es eso lo que buscas? ¿En tu fotografía?" pregunto, girándome para captar su expresión.

"A veces". Sus ojos se cruzan con los míos y veo un destello de afinidad. "Pero hoy se trata de compartirlo contigo".

Mientras exploramos cada rincón, trazo los contornos de los muebles con las yemas de los dedos, sintiendo los surcos y las texturas de otra vida. Aquí hay belleza, incluso en la decadencia. "Imagina las historias que podría contar este lugar", pienso en voz alta, medio para mí.

"Tal vez esté esperando a que alguien la escuche", responde Liam, y su mano se cierne justo sobre la parte baja de mi espalda, sin llegar a tocarme, pero enviando ondas de conciencia por mi espina dorsal.

"O tal vez a que alguien añada su propia historia", sugiero, con el corazón acelerado ante la idea.

"Podría ser. Sonríe, y hay una mirada de complicidad en sus ojos que me dice que me entiende a un nivel más profundo.

Salimos de la cabaña cuando el sol empieza a elevarse en el cielo. El bosque parece diferente ahora, más íntimo, como si nos hubiéramos convertido en parte de su narración. Liam encabeza la marcha, con paso seguro, mientras nos dirigimos a la posada.

"Gracias por dejarme venir hoy aquí contigo", le digo, las palabras salen a borbotones, cargadas de gratitud. "Nunca esperé..."

"Yo tampoco", interrumpe él, con tono cálido. "A veces, los mejores momentos son los que no ves venir". Liam se vuelve, su sonrisa es lo más brillante en el crepúsculo. "Me lo he pasado muy bien contigo", admite, y me coge la mano.

"Yo también", respondo, con voz firme a pesar de la agitación en mi pecho. Nuestros dedos se entrelazan con naturalidad, como si hubieran encontrado una pieza que les faltaba.

LIAM

Los primeros rayos de sol se derraman sobre los picos de las montañas, pintando el mundo con tonos ámbar y dorados al amanecer. Mia está a mi lado una vez más mientras nos aventuramos a salir del Cedar Lodge.

Iris, con su infalible intuición, nos vio bajar a desayunar y nos dijo que podríamos disfrutar de la fiesta de San Valentín. Estuvimos dando vueltas por el Lodge durante un par de horas antes de decidir que tenía razón.

"Parece que va a hacer un día precioso", observa Mia, apretándose un poco más la bufanda alrededor del cuello.

"Perfecto para un festival", coincido, mientras emprendemos el camino que se aleja de la posada. El sendero es un caleidoscopio de colores, flores vibrantes ensartadas entre los árboles por la gente del pueblo. Las risas flotan en la brisa, procedentes de la plaza del pueblo. En este momento, la realidad parece desdibujarse y yo soy un personaje de un cuento de fantasía, caminando junto a una mujer que bien podría ser una princesa de hoy en día. Tal vez incluso la mía.

Cuando llegamos a la plaza del pueblo, es como si hubiéramos tropezado con una joya escondida. Banderas de todos los tonos de rojo y rosa bailan al viento, mientras luces centelleantes envuelven las estructuras de madera como enredaderas de estrellas. Una banda local toca una melodía que toca la fibra sensible, impregnando el aire de añoranza y amor.

"¿No es genial? Mia sonrío.

"Es más de lo que esperaba", admito, y la sigo con la mirada mientras se mueve con la emoción de una niña. Se detiene en un puesto para probar algodón de azúcar y su risa se mezcla con los sonidos del festival, un sonido que se está convirtiendo rápidamente en mi favorito.

El aroma del chocolate flota en el aire fresco y nos aleja del algodón de azúcar para acercarnos a un puesto rústico cubierto de terciopelo rojo. La cara de Mia se ilumina de placer cuando su mirada se posa en las brillantes fresas, cada una envuelta en una rica cáscara oscura.

"¡Dios mío, me encantan las fresas cubiertas de chocolate!". Su exclamación baila entre nosotros.

"Entonces, comprémoslas", le digo, ya con la cartera en la mano. El vendedor nos da una caja y los dedos de Mia rozan los míos al cogerla, lo que me produce una inesperada sacudida en el brazo. Serpenteamos entre la multitud, compartiendo el decadente manjar. El chocolate se rompe

y deja paso al dulce sabor que hay debajo, una sinfonía de sabores que refleja la creciente complejidad de mis sentimientos hacia ella. Hace sólo un par de días, era una desconocida. Ahora es alguien con quien disfruto pasando el tiempo. Qué diferencia hace un día.

"Oye, mira, uno de esos fotomatonos de toda la vida", señalo, fijándome en la variedad de coloridos accesorios y sombreros esparcidos por una mesa cercana. "¿Qué tal si nos hacemos unas fotos?". No puedo evitar el brillo travieso que se cuelga en mi mirada, un lado juguetón de mí que Mia parece sacar sin esfuerzo. Quiero capturar este momento y vivir en él para siempre.

"Por supuesto", responde ella, con una carcajada que brota de sus labios como si fuera música. Nos metemos en la cabina, nos ponemos gafas de gran tamaño y sombreros ridículos, y nuestras risas se mezclan con el torbellino mecánico de la cámara. Instantánea tras instantánea, congelamos momentos de hilaridad desprevenida, de una conexión que florece en la espontaneidad.

"Te toca llevar la boa de plumas", bromea Mia, con los ojos brillantes de picardía mientras me cuelga el extravagante accesorio del cuello. Poso con exagerada elegancia, ganándome una ronda de risitas por su parte. En estas instantáneas, encuentro un alma gemela, alguien cuya risa es tan abierta y libre como los arroyos de montaña que tanto me gusta fotografiar.

Salimos de la cabina con las mejillas sonrojadas por la alegría. El sonido de los juegos de feria me llama y me transporta a mi juventud.

"¿Vamos? reto, señalando el juego más cercano con una sonrisa.

"Adelante, Sr. Fotógrafo". El brillo competitivo de Mia es irresistible, su entusiasmo me arrastra a la refriega.

Nos enfrentamos a un partido de baloncesto y nos dejamos llevar por el ritmo del juego. Cada golpe en la red es una victoria, cada fallo una oportunidad para hacer cosquillas al otro. El último tiro de Mia se hunde justo cuando suena la chicharra, y su victoria por un solo punto provoca una ovación triunfal por su parte y un mohín fingido por la mía.

"Buen tiro", admiro en mi tono. Pero esta batalla aún no ha terminado. Pasamos al lanzamiento de aros, donde Mia demuestra que su puntería es buena y lanza los cinco aros con elegancia. La observo, impresionado.

"Muy bien, es tu turno de brillar", dice, empujándome hacia los dardos de globo con una sonrisa que me calienta más que el sol de la tarde.

Estuvo cerca, pero esta vez la victoria es mía. El estallido de los globos marca mi triunfo, y la ovación de Mia es genuina, su chocar los cinco hace que otra chispa recorra mi piel.

"Parece que estamos empatados", observa, con un entendimiento compartido entre nosotros.

"Parece que sí", coincido, sintiendo una camaradería que va más allá de los juegos, más allá del día de hoy.

A medida que avanzamos por los demás concursos, riendo a carcajadas a cada paso, queda claro que ganar o perder es intrascendente. Nuestra rivalidad amistosa se ha convertido en un estímulo mutuo, en una asociación tan natural como inesperada.

En el corazón de Wildwood Ridge, con el invierno como telón de fondo, estoy descubriendo que a veces las conexiones más profundas nacen de las interacciones más sencillas. Y mientras miro a Mia, cuyo rostro se ilumina con la más pura de las sonrisas, sé que este giro del destino, esta habitación doble reservada accidentalmente, puede ser el comienzo de algo extraordinario.

"Prueba esto", dice Mia después de visitar una de las cabinas. Parte un trozo de tarta de embudo espolvoreada de azúcar y me lo da. "Es como una nube de azúcar". Cuando sus dedos rozan los míos, vuelvo a sentir esa sacudida eléctrica de algo y nada a la vez.

Cojo el trozo y la esponjosa masa se derrite en mi lengua, dulce y cálida. "Es increíble", admito, viendo cómo se le ilumina la cara de placer ante mi aprobación.

Nos apoyamos en la barandilla de madera de un puesto de comida, con el calor de la sidra caliente en las manos, que aleja el frío del aire de febrero. Los ojos de Mia reflejan el brillo de las luces del festival cuando se vuelve hacia mí con una sonrisa pícaro en los labios.

"Déjame que te cuente mi San Valentín más memorable", empieza, dando un sorbo a su sidra. "Tenía diez años y mi padre me sorprendió con un paseo en coche de caballos". Su voz está teñida de nostalgia, sus ojos verdes distantes como si viajara en el tiempo. "Recorrimos nuestro pueblo, bebiendo cacao caliente y comiendo galletas en forma de corazón. Me sentía como una princesa, y aquel día, él era mi príncipe azul".

Hay serenidad en sus recuerdos, una alegría pura que irradia. Es fácil imaginarse a una Mia más joven, con los ojos muy abiertos y llena de asombro, con su risa resonando por las pintorescas calles de la ciudad.

"Tu padre parece un gran tipo", le digo, realmente conmovido por la dulzura de sus recuerdos.

"Lo es", responde, y su mirada se cruza con la mía. "¿Y tú? ¿Algún San Valentín que destaques?".

"El año pasado", empiezo, riéndome por lo absurdo de lo que voy a decir. "Tenía planeada una cena elegante en un restaurante de lujo. Pero a mitad de camino, mi novia, ahora ex novia, se intoxicó". Sacudo la cabeza, recordando la noche que se suponía que iba a ser romántica pero que acabó en desastre.

Mia se ríe y se tapa la boca con la mano. "¡Oh, no, eso es terrible! Pero también gracioso, de una forma retorcida".

"Definitivamente no fue la noche que había imaginado", confieso. "Me pasé la noche sujetándole el pelo en vez de cogerla de la mano. Pero bueno, al menos he demostrado que soy un caballero", le digo guiñándole un ojo.

"Ya lo creo", bromea, y su risa se convierte en una suave sonrisa.

Mientras seguimos charlando, compartiendo historias llenas de humor y dolor, no puedo evitar darme cuenta de la facilidad con la que nuestras historias se entrelazan, un tapiz de experiencias pasadas que, de alguna manera, parecen menos desalentadoras cuando se comparten. Hay un consuelo en nuestro intercambio, la familiaridad de dos almas que reconocen la belleza en el caos de la vida.

"Hay algo especial en encontrar a la persona adecuada con la que crear nuevos recuerdos",

reflexiona Mia. "Alguien que entiende tus manías, tus sueños".

"Alguien que te haga reír, incluso cuando las cosas no salen según lo planeado", añado, nuestras voces armonizan en esperanza y anhelo.

"Exacto", asiente ella, y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

En el corazón de este pequeño pueblo de montaña, en medio de la celebración del amor, con Mia a mi lado, me encuentro con la esperanza -quizás fatal- de que estemos hablando el uno del otro. Y a medida que nuestra conversación pasa de las risas a confesiones más profundas, tengo la sensación de que ya estamos entrelazando nuevos hilos en nuestra historia común, hilos que hablan de pasiones que esperan ser exploradas.

"Quién sabe", digo, con la voz apenas por encima de un susurro, "quizá este San Valentín sea el que ambos recordemos durante años".

"Tal vez", susurra ella.

MIA

La fiesta de San Valentín ha sido de ensueño, con las parejas cogidas de la mano y disfrutando de los festejos bajo el cálido sol. Pero, de repente, unas nubes oscuras comienzan a dibujarse en el horizonte, proyectando una sombra ominosa sobre la plaza del pueblo. El cielo, antes tranquilo, se vuelve tumultuoso y se tiñe de profundos tonos morados y grises.

Miro a Liam, sus ojos reflejan la misma sorpresa que debe estar pintada en toda mi cara.

"Parece que estamos a punto de empaparnos", dice con una calma que desmiente el caos que nos rodea. "Volvamos corriendo a la posada".

Nos lanzamos a través de la multitud, con las manos entrelazadas mientras esquivamos paraguas y parejas menos afortunadas que nosotros. La risa brota de mi garganta, mezclándose con los jadeos y gritos colectivos cuando el cielo se abre y suelta un torrencial aguacero.

"¡Vamos, Mia!" grita Liam por encima del estruendo de la tormenta, y su mano vuelve a agarrar la mía, fuerte y segura esta vez.

Asiento con la cabeza, sin aliento no sólo por la carrera, sino por el contacto de sus dedos con los míos. Chapoteamos entre charcos que reflejan el cielo cada vez más oscuro, nuestros pasos se sincronizan en una danza inesperada.

"Ya casi hemos llegado", promete, señalando hacia las acogedoras luces del Cedar Lodge.

Cuando tropezamos en el refugio de la posada, empapados y jadeantes, no puedo evitar rendirme a la risa una vez más. Es contagiosa, y Liam no tarda en unirse, con sus profundas carcajadas resonando en el espacio que nos separa. Nos quedamos allí, dos almas empapadas que encuentran la belleza en este caos imprevisto.

Iris levanta la vista del escritorio y arruga la nariz cuando nos ve mojando el suelo. "Quizá deberíais ir a vuestra habitación", sugiere. No tiene mucha gracia, pero nos echamos a reír y subimos.

"Deja que te ayude con eso", me ofrece Liam cuando la puerta se cierra detrás de nosotros. Sus dedos son tentativos, respetuosos, pero me producen escalofríos que no tienen nada que ver con el frío.

"Gracias", murmuro, sintiendo cómo me sube el calor a las mejillas a pesar del frío que siento en los huesos. Correspondo al gesto, tanteando el dobladillo de su camiseta empapada, intentando

concentrarme en la tarea y no en cómo se acelera mi corazón.

Mientras nos deshacemos de la ropa mojada en silencio, la calefacción zumba de fondo, su calor es una débil protesta contra el frío que emana de nuestros cuerpos. No puedo detener los temblores que recorren mis extremidades, ni los pensamientos que se agolpan sobre lo íntimo que resulta todo esto.

"¿Mejor?" me pregunta Liam después de que ambos nos hayamos puesto las túnicas. Su voz grave y llena de una preocupación que hace que se me apriete el pecho.

"Mucho mejor", le respondo, aunque la verdad es que sigo temblando, quizá ahora más por su proximidad que por el frío que aún queda de la lluvia.

Su bata cuelga holgadamente alrededor de su cuerpo, y vislumbro al hombre que hay debajo, este fotógrafo robusto y apuesto con corazón de explorador que se ha convertido inesperadamente en mi refugio en este pequeño pueblo de montaña.

"Menos mal que estamos bajo techo", dice con una sonrisa en los labios. "Creo que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy".

"En efecto", asiento, con la respiración entrecortada cuando nuestras miradas se cruzan. En ese simple intercambio, algo cambia, una conexión que se profundiza más allá de la experiencia compartida de la tormenta. Somos compañeros de piso por casualidad, el destino nos ha unido, pero ahora parece cualquier cosa menos un accidente. Su presencia es reconfortante, una sensación de acierto que desafía cualquier explicación.

"Habría sido un San Valentín muy diferente sin ti", admito, y las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

"Lo mismo digo, Mia", responde con seriedad. "Lo mismo digo".

Fuera, la lluvia sigue cayendo, un tamborileo constante contra el cristal de la ventana. Pero dentro, hay una calidez que va más allá del crepitar de la calefacción, una sensación de estar exactamente donde debo estar. Con Liam. En este día hecho para el amor, en una escena enmarcada por el destino.

"Déjame encender el fuego", me ofrece, rompiendo el hechizo del momento. Liam se acerca y se agacha junto a la chimenea, con movimientos seguros y experimentados, mientras da vida a las llamas. Me quedo un momento mirando el juego de luces del fuego sobre sus rasgos. Es un cuadro íntimo, este hombre rudo y el elemento primitivo al que da vida.

Me doy la vuelta y mis pies me llevan hacia la cocina, donde me espera una botella de vino. Me acuerdo de darle las gracias a Iris por el vino. No sé cómo sabía que lo necesitaríamos, pero le agradezco que nos lo haya proporcionado.

Descorcho la botella con un chasquido satisfactorio y el rico aroma llena el aire, una promesa de calidez interior. Sirvo dos copas generosas, el líquido rubí se arremolina y atrapa la luz.

"Toma", le digo, con voz más suave de lo que pretendo, mientras cruzo la habitación y le tiendo un vaso. Nuestros dedos se rozan y se detienen un segundo más de lo necesario. Sus ojos se cruzan con los míos y hay una conversación tácita en el fondo: reconocimiento, comprensión, el principio del deseo.

"Gracias", responde en voz baja.

Nos acomodamos en la alfombra de felpa, tocándonos las rodillas, un espejo de cercanía que parece a la vez accidental y deliberado. El fuego ruge frente a nosotros, un ser vivo que devora los troncos y exhala consuelo. Fuera, la lluvia toca su propia sinfonía, cada gota es una nota en la vasta partitura del cielo nocturno. Los truenos gruñen: una advertencia, una canción de cuna, un recordatorio del poder de la naturaleza.

"Este ha sido el San Valentín más mágico de mi vida", confieso, girándome hacia él. Mis palabras flotan en el aire, vulnerables, pero ciertas.

Me devuelve la sonrisa, con el rabillo del ojo fruncido. "Yo pienso lo mismo. Las encantadoras tiendecitas y los acogedores lugareños lo han hecho inolvidable".

Qué fácil es hablar con él, compartir estos momentos que parecen estar entretejidos en algo más grande, un tapiz de recuerdos compartidos que vamos creando hilo a hilo.

Bebo otro sorbo, el vino me afianza y me da el valor para existir en este momento que parece mucho más grande que la suma de sus partes. El calor del fuego me cala hasta los huesos, ahuyenta los restos del caos del día y sólo deja serenidad a su paso.

Hablamos de cosas sin importancia, de sus fotografías favoritas, de las historias que se esconden tras las risas de los niños en mi clase. Y con cada palabra, la incomodidad que una vez se aferró a nuestros bordes se disipa, dejando en su lugar una conexión que se siente tan antigua como el tiempo pero tan fresca como la nieve recién caída afuera.

Observo el baile de las llamas, su luz reflejándose en sus ojos, y me pregunto por qué extraños caminos nos lleva el destino. Aquí, en este pueblo de montaña, entre el frío del invierno y la belleza inesperada de una tormenta, he encontrado algo más profundo que la soledad que buscaba antes.

Una conexión, apasionada y serena, con un hombre que antes era sólo un extraño. Qué reconfortante es darse cuenta de que a veces, en medio del caos, puedes encontrar una armonía que nunca supiste que estabas buscando.

"Mañana parece demasiado pronto para irse", murmura, dejando su vaso con un suave tintineo contra el suelo de madera.

Asiento con la cabeza, sintiendo la atracción de su mirada como la gravedad. No me atrevo a hablar, porque temo decir algo de lo que me arrepienta. O peor aún, romper a llorar.

"Gracias a ti", dice Liam en voz baja, y veo las comisuras de sus labios torcerse en una sonrisa que no llega a sus ojos. Es una sonrisa teñida de la misma reticencia que ha estado creciendo dentro de mí, una reticencia a romper cualquier hechizo que se haya lanzado sobre nosotros aquí en la montaña.

"¿Yo? Mi risa es un aleteo a medias. Intento disipar la gravedad de sus palabras con otro sorbo de vino, con su rico sabor agrídulce en la lengua.

"Vine aquí por la belleza del paisaje, pero tú hiciste brillar este lugar, Mia". Se inclina más hacia mí y su brazo roza el mío, enviando ondas de calor por todo mi cuerpo.

Recupero el aliento cuando el espacio entre nosotros crepita, cargado de una corriente eléctrica nacida de miradas compartidas y conversaciones medio susurradas. Es una tontería pensar que es el vino lo que me acerca cuando cada fibra de mi ser se inclina hacia él, como un imán atraído por otro.

"Tal vez sea la tormenta que hay fuera lo que hace que todo parezca más intenso", aventuro, aunque sé que es algo más que el tiempo lo que está provocando esta tempestad en mi interior.

"Tal vez", concede, con una voz grave que resuena en mi corazón acelerado. "O tal vez sea la tormenta que hemos provocado el uno en el otro".

Nuestros ojos se cruzan y, en su mirada, encuentro el eco de mi propio anhelo. Su boca está ahora tan cerca de la mía que puedo saborear el ligero dulzor del vino que compartimos. "Liam". Exhalo su nombre como una plegaria, con el corazón martilleándome en el pecho.

Sin mediar palabra, gravitamos el uno hacia el otro, como tirados por hilos invisibles. Suelta una risita suave antes de cerrar la brecha que nos separa y reclamar mis labios con los suyos. Nuestros labios se encuentran, un beso encendido por todas las palabras no dichas, las miradas persistentes, las risas compartidas frente al caos. Su mano me acaricia la mejilla y yo me inclino hacia ella, un movimiento atrevido que parece inspirarle.

El beso empieza lento y tierno, una suave danza de labios y lenguas que prueban, exploran y aprenden los sabores del otro. Su lengua me roza el labio inferior antes de profundizar, exigiendo más intimidad. Nuestros cuerpos se sincronizan naturalmente al ritmo de cada movimiento, amplificando nuestros crecientes deseos.

La boca de Liam se mueve contra la mía con un fervor cada vez mayor, al ritmo de los latidos de mi corazón. Su mano errante encuentra mi muslo, subiendo un poco más, metiéndose bajo el dobladillo de mi bata para amasar suavemente la piel desnuda que hay debajo.

A medida que el beso se hace más profundo, me pierdo en la sensación, su sabor mezclado con los restos de vino. No hay un antes ni un después, sólo un ahora en el que la belleza de Wildwood Ridge pasa a un segundo plano y lo único que importa es la pasión en estado puro.

"Debería... probablemente deberíamos...". Me quedo sin aliento, rompo el beso y me alejo.

"Quédate", susurra, una sola palabra cargada de deseo y vulnerabilidad.

Cedo a mis ansias, desesperada por él. "De acuerdo", respondo.

Fuera, la tormenta arrecia, pero dentro, hemos encontrado un puerto seguro en los brazos del otro. Y mientras me rindo al fervor de su abrazo, sé que este encuentro inesperado, nacido del caos y la casualidad, ha alterado para siempre el curso de mi corazón.

LIAM

E stoy en el suelo, la áspera textura de la alfombra apenas se siente en mi piel, no cuando las manos de Mia trazan líneas de fuego en mi espalda. Estamos perdidos en el beso del otro, un contrapunto perfecto al caos de la tormenta que aúlla fuera de nuestra acogedora habitación. Parece como si lleváramos aquí horas, tal vez días, esta situación accidental de compañeras de piso convirtiéndose en algo que ninguna de las dos podría haber predicho.

"Vamos a la cama", murmuro contra sus labios, con una voz tan ronca que casi me resulta extraña. Ella asiente, sus ojos verdes se clavan en los míos. Con una maraña de miembros, conseguimos ponernos en pie y la conduzco hacia el corazón de la habitación, donde nos espera la cama.

El aire frío de la habitación contrasta con el calor de nuestros cuerpos cuando caemos sobre la cama, sin dejar de besarnos. Sus dedos se enredan en mi pelo y me acercan, si es que eso es posible. Hay urgencia entre nosotros, hambre de más.

Su bata, suave y desgastada, se abre bajo mis dedos cuando le desato el fajín de la cintura, revelando lentamente la belleza de su figura. Las curvas de Mia invitan a mis labios a explorarlas. Me inclino hacia ella y le beso el cuello, sintiendo cómo su pulso se acelera bajo mi boca.

"Dios, eres preciosa", susurro, apenas reconozco el temblor de mi voz mientras me recorre el deseo. Un escalofrío recorre su cuerpo, su piel se pone de gallina bajo mi aliento caliente.

"Tu tacto...", empieza a decir con voz temblorosa, "es en lo único que he pensado hoy". Su confesión me envuelve, uniéndome a ella más fuerte de lo que podría hacerlo cualquier abrazo. Siento cómo se retuerce, cómo su cuerpo se mueve debajo de mí en una súplica silenciosa de más.

Cada beso que le planto en la clavícula es una promesa, cada palabra susurrada un testimonio del deseo que bulle entre nosotros. Cuando beso su vientre, cada centímetro de carne expuesta es como un nuevo terreno por explorar: nieve virgen en la serena ciudad de montaña que nos rodea.

"Por favor", murmura, con una voz llena de anhelo. Su súplica resuena en las paredes de pino, tan cruda y real como el viento del exterior. No puedo resistirme más.

"Shh, estoy aquí", le aseguro, con la voz apenas por encima de un susurro. Mis dedos bailan al borde de su deseo, jugueteando suavemente antes de retirarse. Ella responde con un suave jadeo,

un sonido que aviva las brasas en lo más profundo de mi ser.

Con un rápido movimiento, nuestras barreras caen, nuestras ropas se desprenden como las hojas del otoño. Me sitúo en el umbral de su calor y me detengo el tiempo suficiente para mirarla a los ojos. En esas profundidades verdes, veo el reflejo de nuestra necesidad compartida.

"¿Estás segura? pregunto, aunque cada fibra de mi ser grita que la reclame.

"Sí, por favor", exhala, acercándose más a ella.

A medida que entro en ella, lentamente, dándole tiempo para que se adapte, soy muy consciente de cada sensación: el calor, la estrechez, el deslizamiento que me da la bienvenida.

"Liam...", suspira, y su voz es la melodía más dulce.

"Dios, te sientes increíble", confieso mientras empiezo a moverme dentro de ella. El armazón de la cama cruje bajo nosotros, acompañándose al ritmo que creamos juntos.

Beso su cuello, saboreando el gusto de su piel, la suavidad de su carne bajo mis labios. Sus gemidos van in crescendo con cada embestida, convirtiéndose en la banda sonora de este giro del destino que nos ha unido.

"Todo en ti..." Me quedo sin palabras cuando mi boca vuelve a encontrar la suya. Su sabor es una mezcla de inocencia y excitación, un sabor que empiezo a desear con una intensidad que me sorprende.

Sus uñas rozan mi espalda, dejando estelas de fuego a su paso. "Liam, no pares", me suplica entre besos, y sus caderas suben para encontrarse con las mías con una urgencia que coincide con la mía.

"Nunca", juro, acelerando el ritmo. Nuestros cuerpos son una maraña de miembros y sábanas.

Los gemidos de Mia son agudos, me incitan y me hacen penetrar más profundamente. La habitación se llena de nuestro aroma, un embriagador recordatorio de que el destino nos unió. El calor entre nosotros aumenta. "Más, Liam... por favor", suplica, con la voz temblorosa por la necesidad. Me marca como suyo de la forma más primitiva, sus uñas crean medias lunas en mi piel.

Cada embestida nos acerca más a ese precipicio, a ese dulce acantilado de la rendición. Su cuerpo se arquea debajo de mí, como un arco tensado, y noto cómo la tensión se agudiza en nuestro interior. Me pierdo en sus sensaciones: el calor de su piel, la profundidad de sus ojos, la pasión de sus movimientos.

"No pares", gime.

Sus palabras avivan el fuego de mi determinación y me anclo en el presente, decidido a hacer que ella alcance el orgasmo primero. El placer crece en espiral, enroscándose en nuestro interior hasta que es imposible contenerlo por más tiempo. Con un último ascenso mutuo, llegamos juntos a la cima, una tormenta perfecta de sensaciones que nos deja a los dos sin aliento, con nuestros gritos resonando en las paredes, un dúo de satisfacción.

Nos desplomamos, una maraña de miembros sobre la cama que cruje. Nuestros pechos se agitan

al unísono, cada respiración es una sinfonía compartida, cada latido un tambor en la silenciosa noche.

"Dios, Mia", susurro, con la frente apoyada en la suya, nuestro sudor mezclándose como si nuestras esencias estuvieran decididas a fundirse.

"Quédate conmigo", susurra ella, su voz es una cálida caricia contra el frío que intenta colarse por las rendijas. No es sólo una petición para esta noche, es una súplica para todas las mañanas que tengamos la suerte de robarle al destino.

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar palabras, pero mi abrazo se estrecha en torno a ella, prometiendo sin palabras. En el resplandor, la habitación parece respirar con nosotros, las paredes vigilando nuestra sagrada y frágil conexión. Siento un cosquilleo en cada centímetro de su cuerpo y sé que es aquí, con ella, donde debo estar.

Un mechón de su pelo castaño le cruza la cara, en marcado contraste con el tono sonrosado de su piel. Alargo la mano, rozo su mejilla con los dedos y le paso el mechón por detrás de la oreja. La habitación está en silencio, excepto por nuestras respiraciones compartidas, e incluso ellas se están calmando, encontrando un nuevo ritmo en el resplandor.

"¿Sabías que tu pelo huele a fuego?" murmuro, pasando los dedos por los sedosos mechones, observando cómo se deslizan entre mis dedos.

Ella suelta una risita suave, un sonido que baila en el aire entre nosotros, ligero y libre. "¿Es algo bueno?"

"Todo sobre esto... sobre ti... es más que bueno". Encuentro un mechón suelto y lo enrolló suavemente alrededor de mi dedo. La forma en que sus ojos se cierran, sus pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas, es como presenciar la primera nevada tranquila de la temporada.

Me inclino y dejo que mis labios rocen el lóbulo de su oreja, un acto tan delicado pero cargado con el peso de todo lo que hemos compartido. Ella emite un gemido de satisfacción que despierta algo en lo más profundo de mí, una conexión inesperada pero intensa.

"Mmmm", susurro contra el calor de su piel, "ha sido increíble".

Su respuesta no son palabras, sino acciones: se acurruca más, buscando el refugio de mi abrazo. Su respiración se estabiliza y observo fascinado cómo la reclama el sueño. Hay una belleza aquí, en las sábanas enredadas y los restos de la pasión gastada, una belleza tan profunda como los paisajes salvajes que estoy acostumbrado a capturar a través de mi objetivo.

Mientras ella se duerme, yo permanezco despierto, maravillado por cómo el destino ha torcido nuestros caminos juntos. No es sólo el hecho de compartir habitación o cama lo que nos ha llevado a este momento, sino la armonía que zumba entre nosotros, una melodía que habla de serendipia.

Pienso en el pueblo de Wildwood Ridge, cubierto por la lluvia. Esta habitación, esta mujer, se hacen eco de esa tranquilidad, envolviéndome en una paz que no sabía que estaba buscando.

"Buenas noches, Mia", le digo, aunque ya se ha dormido. Y mientras la abrazo, el mundo exterior se vuelve insignificante. Lo que importa es aquí y ahora: el subir y bajar de su pecho, los suaves suspiros que escapan de sus labios, el suave apretón de su mano sobre la mía.

Somos dos personas, unidas por casualidad, por el destino, o tal vez por algo más grande, un giro en el tapiz de la vida que ninguno de los dos podría haber predicho. Tumbado a su lado, comprendo que, a veces, las cosas más bellas son las que nunca vemos venir.

MIA

La primera luz del alba besa el mundo fuera del Cedar Lodge, y no puedo evitar maravillarme al ver cómo lo pinta todo con tonos de esperanza. El comedor está inundado de un resplandor dorado que se filtra a través de los grandes ventanales, cada cristal enmarcando el floreciente día como una obra maestra. Liam se sienta frente a mí, con sus rasgos robustos suavizados por el sol de la mañana. Hay un silencio incómodo entre nosotros, una tensión palpable que ninguno de los dos se atreve a romper.

"Vaya, mira este sitio", dice, con una voz cálida que llena el espacio que nos rodea. Señala la habitación adornada de carmesí y rubor, con adornos en forma de corazón omnipresentes, como si el mismísimo Cupido hubiera estado aquí, preparándose para San Valentín. "Es precioso.

Asiento con la cabeza, con el corazón hinchado por su apreciación de la belleza que nos rodea. "Este es... el mejor San Valentín que he tenido", confieso, dejando que mi mirada se detenga en la encantadora decoración.

"Anoche fue mágico, ¿verdad? Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de una calidez que recuerda a la hoguera junto a la que nos sentamos hace tan solo unas horas. El olor a pino aún flota en el aire que nos rodea, mezclado con el rico aroma del café recién hecho y las tortitas, un recuerdo de nuestra estancia en Wildwood Ridge.

"Lo fue", respondo, con las mejillas sonrojadas por el recuerdo. Mi sonrisa es tímida, pero sincera, y le devuelvo su mirada de adoración. "Nunca esperé... esto". Se me escapan las palabras, insinuando la inesperada conexión que hemos encontrado en medio del caos de la vida.

Su mano busca la mía, su tacto tentativo, pero tranquilizador. "Mia, que encontraras esta cabaña, que acabáramos siendo compañeros de piso... fue el destino".

Me río suavemente, el sonido se mezcla con el ruido de los cubiertos mientras seguimos comiendo. "Quién lo habría pensado, ¿verdad? Un profesor y un fotógrafo cruzándose en un refugio de montaña". Doy otro bocado, pero me cuesta tragar por el nudo que se me hace en la garganta.

"Hola", dice Liam, notando mi cambio de humor. "¿Qué te pasa?"

"Nada", miento, forzando una voz brillante que no llega a mis ojos. Pero él se da cuenta, siempre tan perspicaz. "Es sólo que... nuestros mundos son tan diferentes. Yo estoy arraigada aquí y tú eres como una hoja al viento".

Su pulgar roza el dorso de mi mano, un gesto que calma el torbellino de mi pecho. "A veces, las hojas encuentran un lugar donde quieren quedarse".

Suelto un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. La idea de que se vaya me remueve por dentro, una sensación de pérdida por algo que acabo de encontrar. Mi trabajo de profesora me ataba a esta pequeña ciudad, mientras que el objetivo de su cámara le llamaba a la inmensidad del mundo. Sin embargo, mientras estoy aquí sentada con él, me pesa la realidad de nuestras vidas en conflicto.

La voz de Liam rompe el silencio. "Quiero decirte algo", dice, con su mirada seria cuando se encuentra con la mía a través de la mesa llena de restos de nuestro desayuno. "Sé que venimos de mundos diferentes: tú eres profesor aquí en la montaña y yo soy fotógrafo itinerante. Pero eso no significa que nuestra conexión sea menos real".

Sus palabras me hacen entrar en calor y combaten los pensamientos prácticos que se agolpan en mi mente. "¿Pero cómo funcionaría? Llevamos vidas tan diferentes". Se me escapan las palabras, expresando el miedo que me corroe desde el momento en que me di cuenta de que no quería que esto acabara.

"En eso te equivocas", replica él, inclinándose hacia delante, con los ojos llenos de convicción. "Llevo años viajando y nunca he tenido un lugar al que llamar hogar. Pero desde que llegué a Wildwood Ridge y te conocí, me siento más en casa que nunca".

Mi corazón da un vuelco, la esperanza revolotea en mi interior. ¿Podría ser posible que estuviéramos destinados a encontrarnos en esta montaña? ¿Que a pesar de nuestras diferencias pudiéramos hacer que funcionara?

"No quiero perderte", continúa, con una voz llena de emoción. El corazón se me acelera, las lágrimas amenazan con derramarse mientras le escucho. En este momento, siento algo especial por este hombre, una conexión que desafía el poco tiempo que hace que nos conocemos.

Con manos temblorosas, extendiendo la mano y la cojo, sintiendo la aspereza de su piel contra la mía. La aprieto con suavidad y una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios al mirarle. "Yo tampoco quiero perderte", admito en voz baja, apenas por encima de un susurro lleno de vulnerabilidad.

Nos quedamos sentados, con las manos entrelazadas, mientras el mundo exterior sigue cobrando vida. Y en este silencioso comedor, rodeados de la decoración de San Valentín, parece como si el destino nos hubiera unido.

"Gracias", dice, su voz es una cálida melodía en el silencio de la habitación. "Por escucharme".

Sus palabras tiran de algo muy dentro de mí, desenredando la maraña de mis pensamientos con sorprendente facilidad. "¿Cómo no iba a hacerlo? Le susurro, sintiendo una atracción magnética entre nosotros.

Y entonces, sus labios se posan en los míos, un ligero roce que provoca una cascada de escalofríos que me recorren la espalda. El beso es una pregunta, una respuesta, una promesa, todo en uno, y enciende una chispa que amenaza con consumirnos a los dos. Cuando nos apartamos, nos envuelve una calidez, un consuelo que se instala en los espacios que nos separan como si siempre hubiera estado ahí.

"¿Podría... quedarme contigo unos días más? Sus ojos buscan los míos, serios y esperanzados. Son del color del bosque, profundos e infinitos, y siento que vuelvo a perderme en ellos.

"Sí", exhalo, tan llena de emoción que apenas puedo contenerla. Siento que el corazón se me va a salir del pecho, ansiosa y dispuesta a saltar a este futuro desconocido con él. "Sí, por favor, quédate".

En este momento, me doy cuenta de que la montaña no es sólo mi santuario, es nuestro puerto inesperado en la tempestad de la vida. Y Liam, con su espíritu errante, se ha anclado a mi orilla con una dulzura que no sabía que estaba buscando.

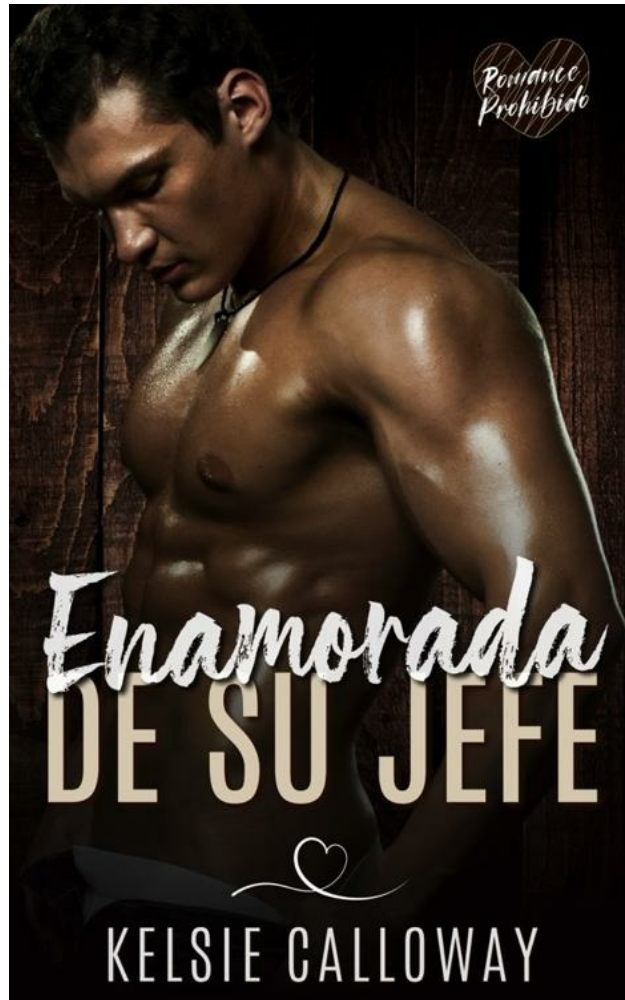
"Más tiempo", dice en voz baja, casi para sí mismo, pero yo capto las palabras cuando quedan suspendidas en el aire fresco. "Para mi proyecto y para estar contigo".

Asiento con la cabeza, incapaz de expresar la alegría que me invade, lo acertado de este giro del destino. Es como si el universo hubiera conspirado para unirnos, dos almas que buscan consuelo en el caos y encuentran una sinergia fortuita que ninguno de los dos esperaba.

"Entonces está decidido", digo, con una sonrisa dibujándose en mi rostro. "Puedes venir a mi casa después de la salida. Podemos conocernos mejor".

Liam se lleva la mano a los labios y la besa suavemente. "Es todo lo que quiero. Tú eres todo lo que quiero".

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>